

altera el comportamiento de su personaje y rompe el equilibrio teóricamente pretendido, o cuando otro actor no puede menos que repetir su protesta por la supresión de una escena que, a su juicio, contenía ciertas aclaraciones necesarias. Es decir, y esa sería la aportación poética a que me refiero, que la representación contendría, como parte de sí misma, la realidad histórica del grupo que la crea.

Los caminos del arte son muchos e irreductibles a fórmulas. El de la "creación colectiva"

aparece, en un determinado marco histórico, vaciándolo de cualquier mitificación, lleno de sentido. La concesión del último premio teatral de la Casa de las Américas a un texto firmado colectivamente por doce actores de La Candelaria es un ejemplo. ■ JOSE MONLEON.

Las religiones de nuestros días

Cuando, tras muchos esfuerzos, Carmen Troitiño —que fue, en su día, empresa de Recoletos

y persona muy vinculada al teatro de cámara madrileño— consiguió abrir el Príncipe, se encontró de lleno con la nueva y difícil etapa teatral. Se barajaron algunos títulos posibles que, en principio, ofrecían escaso interés. Hasta que el Príncipe dio con la inesperada maravilla de los Comediantes de San Telmo y su versión de "Orquesta de señoritas", de Anouilh. Fue mucho público y la papeleta de la inauguración se salvó brillantemente.

Por aquel entonces, Alonso Millán pugnaba por estrenar en

el Martín "¡Oh, Calcutta!", espectáculo inimaginable en España durante años, pero que estaba a la espera de los beneficios democráticos de la liberación. Cuando éstos, al fin, se extendieron sobre la obra, no fue el Martín, sino el Príncipe quien la acogió. Y nuevamente —sin volver ahora a la crítica del famoso espectáculo imaginado por Kenneth Tynan— la sala se llenó. Pasaron los meses, y mientras otros locales zozocaban, devorados por la realidad económica y la falta de espectadores, el nuevo teatro se man-

ADIOS A LAS LETRAS

GRISES GOLONDRINAS

TODO es como antes. Hasta el acné juvenil sale en el mismo lado de la cara. Son como niños, encerrados con un solo juguete ajeno. Hacen y deshacen de la Televisión como si fuera una camisa propia, el instrumento del desorden integral.

Ahora dicen que ha habido cambios, tomas de posesión, revolución en las alturas de la Casa, como la llaman los bedeles. Pero nada ha cambiado. Han retornado los brujos, como diría Juan Cueto; han vuelto los inacabables, aquellos que tendrán el poder bajo cualquier tempestad, los que siempre guardan el traje oscuro, a rayas, porque los cargos no se agotan y ellos siempre están en la sala de espera. La sala de espera es afortunada, porque mientras la ocupan también ganan sueldos paralelos, succulentas migajas; son los desempleados de oro que vivirán como topos en un país de culebras. Aparecerán cuando menos se les espere y tomarán asiento en medio de un batiburrillo de nada. Viven de la espera y la diana se les ofrece limpia y amplia, apetecible. Dan siempre en ella.

Vuelven porque es normal y antidemocrático. Se acercan las municipales, la Televisión y la Radio están llenas de disidentes que nos pueden hacer imposibles los votos, así que llenemos aquello de nuevo de nuestros hombres fieles, los mismos que juraron con nosotros fidelidad eterna al origen. No debe ser el lenguaje propio de los Consejos de Ministros, pero así más o menos debió haberse expresado el primer ministro Suárez ante sus correligionarios. Luego vendría la apócrifa llamada telefónica. "Fernando, Fernando, Fernando Arias Salgado. Señorita, haga el favor de ponerme con el señor Arias Salgado. ¿Fernando? Pero, hombre, ¿cómo no estabas en el teléfono directo? Pues, nada: llama a Ramos Losada y dile que sí, que está bien que dimita... ¿Cómo que qué haces con Ruiz de Elvira? ¡Ah!, sí, es verdad que también tenemos Radio Nacional. Nada, llámale también y dile que también está muy bien que dimita. ¿Recambios? A miles. Tenemos recambios a miles. Tenemos recambios como para veinte periodos electorales más. De momento, vamos a situar a Luis Angel de la Viuda en la Radio, que fue vecino mío y siempre me prestó el pan y la sal. En Televisión lo he estado pensando más, pero creo que Carmen, sí, hombre, Carmen Díez de Rivera, la que me hizo la reforma; bueno, pues Carmen me acaba de dar la solución. Por teléfono, sí; hace tiempo que no viene. Ella dice que por qué no nombro a ese chico, Miguel Martín, que se aburre muchísimo en No-Do y que además empleado ahí tiene el trabajo muy lejos de su casa y él es muy hogareño. ¿Que si creo que va a caer mal en la Casa, que no consultemos con nadie? Pero, bueno, Fernando, ¿tú

nunca leíste *Sinué el egipcio*, que es mi libro de cabecera? Voy a hacer que hagan libro de cabecera de UCD *Sinué el egipcio*. Pues Sinué decía algo muy sabio: "así ha sido y será siempre". ¿No es RTVE del Gobierno? ¿No es verdad que gracias a nuestras habilidades ya no hay Consejo Rector? ¿No es cierto que sin hacer nada tú has logrado controlar el medio como si fueras el más hábil espadachín de las televisiones y las radios europeas? ¿No es cierto que a ti te nombré yo, ahorrándote los dolores de cabeza que te daba Marcelino, Oreja, sí, Oreja, ¿quién iba a ser? Pues yo mismo te digo que llames hoy a Ramos Losada y a Ruiz de Elvira y les digas que se acabó, que hay que reciclar, meter savia nueva en la Casa... ¿Que Luis Angel y Miguel no son savia nueva? Bueno, pues no pongas eso en el comunicado de los ceses. Dile a Gozalo que sea parco en el comunicado, como si fuéramos británicos. Veras como todo nos sale bien gracias a que no explicamos nada demasiado".

Así, en una tarde, gracias a la ausencia de explicaciones, RTVE cambió de manos para seguir en las mismas. El español, tan contento, siguió bostezando satisfecho ante Tico Medina, Alfredo Amestoy, Pedro Macía, José María Iñigo, Luis Angel de la Viuda, Fernando Arias Salgado, Adolfo Suárez, Miguel Martín, Rodríguez de la Fuente, Quadra Salcedo: el sector histórico e irrenovable del mejor soporífero del país. ■ SILVESTRE CODAC.



Miguel Martín, Luis Angel de la Viuda y Fernando Arias Salgado.